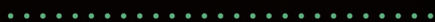


SILVIA ARAZI



LA VOZ DE LA MADRE



emecé

Silvia Arazi

# La voz de la madre

## Los hermanos

Es un mediodía quieto y soleado de fines de enero y la ciudad parece detenida. Llego a la casa de mi hermana para un almuerzo familiar. Podría ser un encuentro más, un encuentro entre hermanos en un día cualquiera. Pero no lo es. Es la primera vez que vamos a volver a vernos después del entierro de mi madre. De nuestra madre.

Toco el timbre.

Mi hermana se acerca para abrir la reja de entrada. Lleva el pelo recogido en una cola de caballo, shorts de jean y zapatillas blancas. Sonríe. Yo sonrío también y nos damos un rápido beso en la mejilla. Hay algo demasiado amable en nosotras. Algo rígido, forzado y teatral, como si fuéramos dos niñas jugando a las visitas por primera vez.

Subimos los escalones de piedra que nos llevan hasta la puerta de su casa. Bordeando la escalera, hay flores de muchos colores. Rojas, amarillas, lilas, azules.

Alegría del hogar.

Así se llaman.

Vamos juntas a la cocina para dejar el helado en el freezer y aparece León, el cachorro de mi sobrina dándome la bienvenida con saltos y ladridos. Tiene un mechón de pelo color cobre que le cubre un ojo y la expresión más cómica y desvalida que vi jamás en un perro. Me parece increíble que esa cara lleve el nombre del rey de la selva y no puedo evitar reír cada que vez que lo veo.

Desde hace meses, le prometo a mi sobrina que voy a escribir un cuento con León como protagonista. Guadalupe, entusiasmada con la idea de convertir a su mascota en personaje literario, me manda innumerables fotos de León. Me llama para contarme sus gracias, que por supuesto ella considera extraordinarias. Le aseguro que pronto escribiré esa historia, pero el tiempo pasa y el cuento de León, como tantas otras cosas, queda sepultado en un inmenso baúl.

En el baúl de los alguna vez.

En la mesa de la galería que da al jardín nos espera mi hermano con su nueva novia. Ella es rubia, encantadora, alegre, extrovertida. Tiene una espontaneidad que la diferencia de nosotros.

Nosotros no somos así. Nunca seremos así.

Me doy cuenta de que es la primera vez que nos encontramos los tres hermanos fuera de nuestra casa materna.

Siempre era nuestra madre quien nos invitaba a su casa, la que hacía esfuerzos por juntarnos, por vernos reunidos. Por vernos. A nosotros no se nos hubiera ocurrido encontrarnos fuera de los límites de su reino. O tal vez sí, pero incluso deseándolo, no nos hubiéramos atrevido a manifestarlo por el riesgo de desarmar nuestras cuidadas cárceles de hielo.

Qué familia tan rara la mía, solía lamentarse nuestra madre, poniéndose afuera del asunto.

Hoy estamos juntos.

Tres hermanos. Tres huérfanos. Tres náufragos.

La ausencia de madre ocupa la cabecera de la mesa. Y es mi hermana, la que tiene alegrías del hogar en su casa, “la más normal” a decir de mi madre, quien tuvo la buena idea de reunirnos.

La miro mientras pone la mesa.

Una mesa bien puesta: mantel y servilletas de hilo con flores bordadas en color rosa y violeta. Pienso que yo no tengo servilletas de tela en mi departamento. Tal vez porque mi casa no es una verdadera casa. No en el sentido en que esta casa lo es.

Noto en mi hermana algunos gestos de mi madre, de nuestra madre. Ciertas expresiones fuera de uso al hablar, su modo de inclinar la cabeza, la forma de reír y levantar los hombros a la vez. Aunque somos muy diferentes, o tal vez por esa misma razón, admiro en ella muchas cosas que yo no tengo: su capacidad de

sostener un matrimonio durante décadas, su vocación de ser madre, su empeño en ser feliz.

Me hubiera gustado tener una vida estable como la suya, con servilletas de tela y alegrías del hogar en el jardín. Una vida serena como un paisaje serrano. Aunque en verdad, ¿quién sabe cuántas sombras se encuentran detrás de unas plácidas colinas?

La acompaño a la cocina y regresamos a la mesa con varias ensaladas en recipientes idénticos de vidrio azul.

—Los hermanos sean unidos porque esa es la ley primera —dice mi hermano, haciéndose el gracioso.

Nos reímos. O hacemos que nos reímos.

El marido de mi hermana se acerca con una bandeja humeante que huele a paraíso.

—Un aplauso para el asador —dice mi sobrina.

Y todos aplaudimos.

Agradezco en silencio que mi hermana nos haya invitado. Hay algo reparador en este encuentro, algo necesario. A través del cuerpo de mis hermanos recupero lo que queda de mi madre en el mundo de la materia. Ella está presente en sus huesos, en sus vísceras, en la córnea de sus ojos.

*Mi familia de sangre.*

Es la primera vez que esas palabras adquieren verdadero significado para mí, que tan poco entiendo sobre el tema.

El marido de mi hermana se acerca a la mesa y me felicita por un artículo que escribí hace pocos días para un diario.

De pronto, reparo en que las miradas están sobre mí y pienso, con horror, que todos leyeron la nota. Una nota íntima, descarnada, donde cuento episodios de mi vida que ellos desconocían.

—La escritora de la familia—dice mi cuñado, con una leve sonrisa y un movimiento en las cejas cuyo significado no logro descifrar.

Lo dice con un tenedor grande en la mano —una especie de tridente— con el que trae los trozos de carne y las achuras. Por un momento imagino que la vida es una serie de Netflix y que él se abalanza sobre mí y me clava el tridente en el corazón para evitar que revele los secretos de la familia.

Por fortuna, nadie hace ningún comentario acerca de la nota y yo le hago una pregunta a mi sobrina acerca de sus estudios de piano; logro que nos desviemos del tema.

Cuando estamos tomando el café, mi hermano acerca su silla y me pregunta en voz baja si voy a escribir ese libro donde hablo sobre nuestra madre.

—Estoy en eso —le digo.

—Ajá.

Algo en su voz me pone en guardia.

—Pero no es un libro sobre mamá —le aclaro—. Ella figura en parte del libro, sí, pero no es un libro sobre ella.

Él bebe un sorbo de café, y después de unos segundos interminables, me dice:

—Bueno, pero no hace falta que cuentes *todo*.

No sé a qué se refiere. Le digo que no se preocupe, que es un texto de ficción, que se trata de mi mirada sobre algunos hechos que ocurrieron, que imagino o invento. Trato de explicarle, también, que cada uno de nosotros vivió en una casa diferente, en una familia diferente, incluso teniendo los mismos padres y habiendo habitado bajo el mismo techo.

Se lo digo a borbotones, como un nadador a quien le falta el aire, ahogada en mi propio miedo. El miedo a no poder escribir ese libro. En su mirada puedo leer que no entiende lo que digo, mientras yo intento, con la agitación de un náufrago, defender mi precaria libertad.

—De todos modos, no hace falta que ustedes lo lean —le digo, para poner fin al asunto.

—Lo vamos a leer —dice mi hermana.

Lo dice con firmeza. Y sus palabras quedan replicando en el aire.

*lo vamos a leer lo vamos a leer lo vamos a leer.*

Después dice:

—Nuestra casa no era triste.



Sus palabras aluden a cierto comentario que escribí en la nota, donde menciono la atmósfera sombría de nuestra casa familiar.

Agrega:

—Y mamá tampoco era triste.

La miro sin entender.

—¿Cómo que no?

—No. Antes no.

—¿Antes?

—Sí, antes.

—¿Antes cuándo?

—Cuando éramos chicos.

—¿Qué?

—Sí, cuando éramos chicos. En mis cumpleaños había música y mamá preparaba cosas ricas para mis amigas. Decía que le encantaba bañarnos cuando éramos bebés. Disfrutaba mucho de su rol de mamá.

Estoy perpleja.

Le recuerdo que hace pocos días, entre otras cosas, me dijo que nuestra madre estaba enferma de depresión desde hacía mucho tiempo, quizás desde siempre, y que nosotros no supimos dimensionar la magnitud del problema.

Ahora parece no recordar nada de nuestra conversación.

Habla de baños de espuma para bebés y de pasteles rosas de cumpleaños, mientras asegura que debo haber entendido mal.

Mi hermano asiste imperturbable a nuestro diálogo. No dice palabra.

Se miran.

Sospecho que antes de este almuerzo hablaron acerca del peligro que significa tenerme en sus filas.

De regreso en mi departamento riego las plantas, me saco la ropa que huele a asado, me doy una ducha y me meto en la cama. Saco de la mesa de luz una caja donde tengo algunas fotos.

Me detengo en una imagen donde estamos los tres en la playa alrededor de mi madre, jugando con baldecitos y palas en la arena, cuando escucho que llega un mensaje al celular.

Un audio de mi hermana, que dice:

—Pero no pongas que papá la hacía llorar.



## La voz de la madre

Para mi madre cocinar no era un deber, tampoco un pasatiempo. Preparaba platos y postres para sus hijos, sus nietos, sus sobrinos, sus amigas, los hijos de amigas, sus vecinos, sus compañeros de tai-chi, su médico, el encargado del edificio, los hijos del encargado del edificio y todo aquel que mereciera su cariño. Era difícil que ella no quisiera a alguien, por eso puedo decir que mi mamá cocinaba para multitudes.

Pero la cocina no era solo su forma de querer.

Era su voz.

Como era habitual en su época, más aún en las familias de origen árabe, aprendió a cocinar observando a su propia madre mientras preparaba la comida. Y según me contaba, también aprendió de su suegra, quien, en un reino de hombres, enseñaba a sus nueras los secretos de sus platos para que los hijos comieran bien. Quiero decir, tan bien como en su casa.

Todos esperaban alguna delicia de las manos de mi madre. De Rosita, como a ella le gustaba que la llamaran.

Cuando Diego, mi amigo Diego, me llamaba por teléfono desde España, nos poníamos al día hablando horas de nuestros proyectos y de nuestros amores, pero antes de cortar, invariablemente, me pedía la receta de “las empanaditas de queso de Rosita”.

—Pero no te olvides —me decía, acentuando las palabras, sabiendo que yo lo olvidaría.

A Diego lo conocí hace mucho tiempo, cuando éramos compañeros en el taller literario de Abelardo Castillo y compartíamos libros y sueños. Enseguida nos convertimos en amigos, y todavía hoy, a pesar de la distancia y de que a veces pasamos años sin vernos, sigue siendo uno de mis afectos más entrañables.

Diego dejó Buenos Aires en la crisis del 2001 y desde entonces vive en Madrid, sin intenciones de volver. Extraña poco y nada nuestro país, salvo algunos pocos amigos, los conciertos de tango en vivo, la radicheta y las empanadas de queso de Rosita. Con la insensatez que nos hace olvidar que la vida no es eterna, el tiempo pasó y nunca le pedí esa receta a mi madre.

Ni ninguna otra.

Cuando ella murió, me apenó pensar que, con el secreto de sus platos, algo esencial en ella se perdía para siempre. Hasta que hace unos meses, mi sobrina

Guadalupe, con quien mi madre tuvo una relación muy cercana, me sorprendió diciéndome que muchas tardes se encontraba con Rosita —también ella la llamaba así— para aprender a cocinar. Y ella sí lo anotó todo.

Me gustaría incluir alguna de las recetas de mi madre en estas páginas que giran en torno a su recuerdo. Páginas que escribo a fuego lento, entre largos valles de silencio, con el único anhelo, tal vez, de recordar esa voz.